

Relatos Izarra

1T 2026

La comunidad de vecinos

La comunidad es ese misterioso ecosistema donde todos se conocen, pero nadie sabe exactamente a qué se dedica el vecino del tercero B. Es como una gran familia... de esas que se reúnen solo en bodas, funerales o cuando alguien deja la bicicleta mal aparcada en el portal.

En toda comunidad hay personajes fijos, casi obligatorios por ley no escrita. Está el presidente, que aceptó el cargo “solo por este año” y ahora lleva tres mandatos intentando dimitir sin éxito. También está el vecino detective, que no trabaja para la policía, pero sabe a qué hora sales, con quién vuelves y por qué el ascensor huele raro los jueves. Y, por supuesto, la vecina del grupo de WhatsApp, capaz de escribir veinte mensajes seguidos para avisar de que alguien ha dejado la luz del rellano encendida durante exactamente 3 minutos.

El portal es el verdadero centro social de la comunidad. Ahí se dan los encuentros incómodos, como cuando sales en pijama a tirar la basura y te cruzas con alguien que va vestido de gala. Nadie habla, nadie se mira, pero ambos saben que ese recuerdo vivirá para siempre en sus mentes. El ascensor, por su parte, es un experimento psicológico: o no habla nadie o, de repente, alguien decide contarte toda su vida entre el cuarto y el primero.

Las reuniones de vecinos merecen un capítulo aparte. Empiezan con buenas intenciones y acaban discutiendo acaloradamente sobre temas tan vitales como el color del felpudo o si el ficus del patio es decorativo o una amenaza para la convivencia. Siempre hay alguien que dice “yo no quiero polémicas” justo antes de crear una. Y al final nadie recuerda qué se decidió, pero todos salen enfadados.

Y qué decir de las normas de convivencia. En teoría existen; en la práctica son sugerencias vagas. No hacer ruido, no ensuciar, no molestar... reglas que mágicamente

dejan de aplicarse cuando hay partido, obras o cumpleaños infantiles con globos y trompetas.

A pesar de todo, la comunidad funciona. Más o menos. Entre quejas, saludos forzados y favores inesperados, se crea un extraño equilibrio. Porque, aunque nos desesperen, los vecinos siempre están ahí: para prestarte azúcar, para recoger un paquete o para recordarte que estás viviendo en comunidad... te guste o no.

En las comunidades de vecinos encontramos otras comunidades, más importantes todavía, pero que se necesitan entre sí, la comunidad de la familia.

La familia es una comunidad muy especial formada por personas que comparten ADN, apellido y una habilidad sobrenatural para discutir por absolutamente nada. Es el único grupo humano donde puedes amar intensamente a alguien y, cinco minutos después, pelearte con él por haber respirado demasiado fuerte.

En toda familia existe una jerarquía invisible pero muy clara. Está la abuela, que todo lo sabe, incluso cosas que aún no han pasado. La madre tiene ojos en la nuca y detecta el peligro, el polvo y las malas decisiones a kilómetros de distancia. El padre, por su parte, arregla todo diciendo “eso antes no pasaba” y apagando luces que nadie recuerda haber encendido. Y luego están los hijos, seres incomprensibles que “no hicieron nada” aunque la casa parezca haber sufrido un terremoto nivel siete.

Las comidas familiares son eventos deportivos de alto riesgo. Alguien llega tarde, alguien llega demasiado temprano y alguien pregunta: “¿Y tú para cuándo el novio/la novia/el trabajo/la casa/el doctorado?”. El plato principal suele ser la comida, pero el verdadero menú son los reproches recalentados de hace diez años, servidos con una guarnición de silencios incómodos.

El salón es territorio neutral... en teoría. El mando de la televisión es un objeto sagrado que provoca más conflictos que la herencia. Cuando por fin alguien consigue controlarlo, otro miembro de la familia dice: “Eso no lo pongas”, sin proponer absolutamente nada mejor. Al final, nadie ve la tele, pero todos se quejan.

En la familia también hay normas no escritas. Por ejemplo: si dices “ya voy”, significa “en media hora”. Si alguien dice “hablamos luego”, jamás se vuelve a hablar del tema. Y si se rompe algo, el culpable es siempre “nadie”, un ente misterioso que vive en la casa desde hace años.

A pesar del caos, la familia sobrevive. Se grita, se discute, se hace drama por tonterías... pero cuando alguien de fuera critica a un miembro, todos se unen como si fueran un solo ser gigante y ligeramente desorganizado. Porque la familia es eso: una comunidad absurda, ruidosa y un poco loca, de la que no puedes escapar... y, en el fondo, tampoco quieres.

ALBA PEDRO MARTINEZ

El violín

Mis padres me salvaron de la miseria y la decadencia en la que vivía antes de ser yo. Ahora gracias a ellos tengo un camión y un destino: Ser el mejor violinista del mundo. Tenía 12 años y llevaba desde los 5 años bajo la enseñanza del mejor profesor de violín de mi país y hasta entonces creí que todo iba a ser fácil, pero me equivocaba.

Por más que intentaba tocar *la campanella* como mi maestro me indicaba, no lo conseguía. Ocultaba a mis padres mi fracaso para que no dejaran de creer en mí. Pero un día que llegué a mi límite, decidí contarles a mis padres mi fracaso. De camino a mi casa pensé: ¿Quién soy yo si no logro ser el mejor violinista del mundo? Los cimientos de mi identidad se tambaleaban y sin yo darme cuenta, algo más grande que lo que yo creía ser estaba surgiendo. Cuando se lo conté a mi padre, él me dio una respuesta que me calmó: Me dijo que mis fallos venían de mi origen defectuoso antes de que me adoptaran. Entonces me calmé al pensar que no era yo, si no los vestrigios de mi origen.

Pero esa calma se rompió pronto cuando mi maestro me dijo que tendría que exponer *la campanella* en público. Entonces me sentí insuficiente y desde ese vacío que me provocaba la insuficiencia saqué fuerzas para hacerlo lo mejor posible. Luché y luché mientras la angustia se apoderaba de mí, pero una y otra vez fracasaba hasta que llegó el día del concierto.

Mis padres y mi maestro estaban decepcionados conmigo y aunque eso me ardía cuando estuve a punto de comenzar la exposición ya no tenía nada que perder y eso me daba la libertad de tocar como a mí me surgiera y así lo hice al lanzarme al vacío y comenzar el concierto: Era todo o nada. Mis fallos se convertían en melodías alternativas a las que salían en el pentagrama. Algunos aplaudieron y a otros no les gustó, pero esa combinación a mí me gustaba. Sentía que ya no era nadie, pero siendo nadie la realidad que se creaba a mi alrededor era más auténtica así que desde entonces elegí no traicionarme a mí mismo y abrazar mi origen: Me encontraron en un bosque inútil ya que era intalable y nadie pasaba por ahí porque estaba muy lejos de la ciudad. Yo, al igual que ese bosque no era útil para el sistema establecido y cuando lo fui a visitar ahí me sentí libre de expectativas y juicio, sólo sentía paz a la sombra de los árboles inútiles, pero para mí más que suficientes.



ANDER LLORENTE TORTOSA

Comunidad

Una comunidad puede ser una de vecinos, pero también pueden ser muchas comunidades, pero en la mayoría podemos tener este manual de instrucciones:

Primero: Sacar una cuenta en el banco a nombre de la comunidad de propietarios.

Segundo: Meter un dinero en esa cuenta cada vecino al año para los gastos que hagan falta.

Tercero: Cada vecino llevará los gastos de esa cuenta un año y lo pasará al siguiente vecino y se va rotando.

Cuarto: Convivir.

ARITZ RUIZ DE AIZPURU

La odisea del ascensor en la comunidad

Esta historia es muy graciosa, pero aunque parezca mentira, habla de una comunidad real. En este caso, hablamos de una comunidad de vecinos o de la rodilla de mi padre. O de las dos cosas.

Resulta que en mi portal se habló de arreglar el ascensor, se trata de un edificio de ocho plantas y dos manos en cada planta. El problema es que mi padre, cómo no, vive en el último piso. Y qué es lo que pasa, que a mi padre le van a operar de la rodilla. Y el edificio tiene muchos años, pero mi padre, y por lo tanto su rodilla, tiene muchos más.

En su día le pusieron una prótesis en la rodilla y ahora se le ha salido y ahora hay que volver a operarle la misma rodilla. Y entonces el problema es evidente, si le operan y no hay ascensor, no va a poder subir o bajar del octavo piso. La operación de mi padre y la obra del portal coinciden en las mismas fechas, así que la solución la ha encontrado en su otra comunidad, en nuestra familia. Se va a vivir a Bedia, con mi hermana, donde vive con su familia, también está mi tía, pero ella vive sola y tiene suficiente con ella misma. Mi hermana está casada, tiene hijos e incluso una perra. Tanto el ascensor como lo de la rodilla llevará un tiempo, así que tendremos que esperar a que las cosas vuelvan a ser como antes, aunque tanto la rodilla como la comunidad no serán igual.

IRATXE MEZO